Para una edición de las *Leyendas* de Zorrilla

Preparo en estos días la edición crítica de una selección de las *Leyendas* de Zorrilla[1] y querría comentar brevemente aquí algunas de las características más destacadas de estas obras. Como se recordará, en el quehacer poético de Zorrilla se pueden distinguir dos épocas: la primera comienza con el tomo de *Poesías* de 1837, seguido de otros siete tomos de las mismas, en los que están muy presentes los temas tradicionales y legendarios, y en los que va desarrollando un estilo personal inconfundible. Esta fecunda época culmina en 1840 con *Cantos del Trovador*, cuyos asuntos provienen de la historia, de la tradición religiosa o de su fértil inventiva.

A Zorrilla le atraía más el pasado que el presente y proclamó repetidamente su conservadurismo político y su nostalgia de unos tiempos en los

> iba España por ambos hemisferios
> abriendo mundos y borrando imperios.[2]

Y, a lo largo de su carrera insistió en ser "el poeta de la tradición", el cantor de las glorias nacionales y el depositario de unas tradiciones y leyendas que estaban en peligro de perderse en un mundo moderno imbuido de positivismo. Pero los críticos han recogido tantas declaraciones de Zorrilla sobre su ideología y sus propósitos, tan contradictorios y con tantos matices, que coinciden en rechazar la imagen monolíticamente conservadora que se ha tenido tradicionalmente del poeta. En vista de tal diversidad de juicios, basados todos ellos en sus declaraciones o en sus textos, Romero Tobar advertía cuán difícil es llegar a conocer la verdadera ideología política de Zorrilla por "insuficiencia de datos fidedignos sobre sus compromisos, sospechosos cambios en sus profesiones de fe política, oscuras motivaciones que conducen a la hipérbole o a los silencios sobre sus compromisos"[3].

Aunque resulta arriesgado intentar una clasificación de estas leyendas por entrecruzarse en ellas géneros tan cercanos como la leyenda, la tradición y el cuento, adopto la que hizo Navas Ruiz[4] en 1) Históricas, cuyo tema está basado en la Historia nacional, preferen-

temente de la Edad Media, 2) Religiosas. Aunque en las leyendas zorrillescas no suelen faltar elementos religiosos, éstos constituyen aquí su núcleo, 3) Novelescas, en las que predominan temas de amor apasionado, celos y venganzas, así como argumentos folletinescamente complicados, y 4) Orientales, que tienen por escenario la Granada musulmana o el Oriente.

Al estudiar las fuentes de estas leyendas habrá que tener en cuenta una vez más que la información facilitada por Zorrilla sobre ellas suele ser parcial, confusa e incluso engañosa. En primer lugar, se advierte en ellas la presencia difusa y constante de las obras de nuestros clásicos del Siglo de Oro y el Barroco, en especial, las de Cristóbal Lozano, la *Historia de España* del P. Mariana, las novelas de María de Zayas; después las historias y cuentos que en la niñez le fueron trasmitidos oralmente por su madre y otras mujeres, o que escuchó después en la tertulia de su padre; y los romances y leyendas de milagros, de aparecidos, de crímenes y de bandoleros, propios de la literatura "de cordel", muy difundida entre el pueblo por los ciegos, tan conocida como despreciada entonces y que, a su vez, debía lo suyo a los autores aureoseculares[5].

Mientras los *Romances históricos* del Duque de Rivas trataban en su mayoría de episodios y de personajes de importancia en la Historia de España, las leyendas de Zorrilla suelen tocar la Historia y sus personajes de manera tangencial y generalmente recogen tradiciones de origen religioso y popular. Estas leyendas comienzan con el planteamiento en época remota –Edad Media o Siglo de Oro– de algún asunto de honor o de alguna transgresión contra Dios, la Iglesia o el hombre que están por resolver o por castigar. La mayoría tiene dos partes: la primera da los antecedentes, presenta los personajes y desarrolla el argumento de la historia narrada hasta llegar a desenlaces diversos: matrimonio, asesinato, traición amorosa o adulterio, y viaje, a veces con promesa rota. La segunda parte narra lo que pasó después, es decir, las consecuencias que han tenido los hechos de la primera. No suele ser una continuación lineal de aquéllos o su evolución natural sino un contrasto, un remedo, una situación paralela o totalmente contraria a la anterior, que da ocasión a un final inesperado y generalmente ejemplar. Y aparte de las que dejó sin concluir a falta de una segunda parte, son escasísimas las que carecen de ejemplaridad.

Tanto por sus argumentos como por algunos de los recursos de que se valen, son intrínsecamente obras de enredo y de capa y espada, cercanas a sus obras teatrales. El drama *El eco del torrente* (1842) tiene el mismo argumento que la leyenda "Historia de un español y dos francesas" (1840-41), el mismo también *Sancho García* y *El montero de Espinosa* (1842); "Recuerdos de Valladolid" (1839) vuelve a aparecer como drama en *El Alcalde Ronquillo o El diablo en Valladolid* (1845) y bastantes versos de "Margarita la tornera" formarán parte del *Tenorio*. Zorrilla usa extensamente diálogos que están estructurados como los de una obra teatral, van precedidos por los nombres de los personajes y enmarcados dentro de un escenario, constituyendo así escenas independientes dentro del total de la obra.

Aparte de algunas leyendas breves escritas íntegramente en romance el resto son composiciones polimétricas en las que predominan los metros y estrofas tradicionales como cuartetas, quintillas, sextinas, octavillas, cuartetos, octavas y octavas reales, romancillos de seis y de siete sílabas, romances, romances heroicos y silvas. En ocasiones aparecen romances de catorce sílabas, versos también de catorce formando cuartetos consonantados, dodecasílabos, octosílabos consonantados, aunque, lo mismo que en sus dramas, Zorrilla prefirió aquí cuartetas, quintillas, romances y silvas.

En "Un testigo de bronce" uno de los personajes tiene una pesadilla, expresada en una escala métrica que comienza con dodecasílabos y desciende hasta los bisílabos, y al cabo de 48 versos en romance heroico contempla un amanecer descrito también en una escala ascendente que va desde los versos de dos sílabas hasta los de catorce. Tales virtuosismos –recuérdese *El estudiante de Salamanca* de Espronceda– estuvieron muy en boga durante el romanticismo y en una nota a aquella misma leyenda en sus *Obras Completas* lamentaba Zorrilla haber seguido en esta composición la moda de aquellos tiempos y consideraba que aquellas escalas apenas valían "el trabajo que me costó" (*OC*, I, 2215).

Durante el romanticismo se produce un acercamiento entre el narrador y el lector que se traduce en confidencias y bromas. Conocida es la influencia que ejerció el Lord Byron autor de *Don Juan* sobre tantos poetas, entre ellos Espronceda, José Joaquín de Mora y Miguel de los Santos Álvarez. Dentro de esta línea está Zorrilla quien se dirige a un

tipo determinado de lector e interviene constantemente con opiniones y comentarios de índole varia que pueden ser muy extensos. Narra en primera persona y desde el presente, y unas ruinas o un recuerdo pueden sugerirle el tema de una historia de otros tiempos, que cuenta usando el presente histórico o volviendo al pasado. Es el narrador omnisciente y con frecuencia advierte al lector de que cede la palabra a sus personajes. En ocasiones, para dar mayor intriga o emotividad a la acción finge desconocer lo que van a hacer éstos, el derrotero que va a tomar la acción, o incluso la identidad de un personaje. Esta compenetración entre narrador y lector lleva a aquél a usar la primera persona del plural para introducir a ambos dentro de la historia y participar en ella como observadores.

El mundo católico provee un escenario de abadías y conventos, de cementerios y ermitas, de claustros y criptas, con juicios de Dios, tétricos funerales y procesiones esplendorosas y con una multitud de monjes piadosos, de ermitaños milagreros y de peregrinos errantes. La religión pasa a formar parte así de la escenografía romántica, independientemente de las creencias que profese cada autor. La presencia de los castillos, los templos y las ruinas de los lugares castellanos en los que transcurrieron la infancia y la primera juventud de Zorrilla le inspirarían el amor a la tradición y al pasado y, a la vez, le harían presente el carácter efímero de la gloria. Este dedicó numerosas poesías a diversas regiones y ciudades españolas, en algunas de las cuales situó sus leyendas. Unas tienen lugar en ciudades castellanas –Valladolid, Palencia, Toledo, Burgos– otras se desarrollan en la Sevilla medieval del rey don Pedro, y otras relatan historias del pasado histórico y legendario de Cataluña. Muchas comienzan con la descripción de un paisaje, de una ciudad o de unas ruinas en la que, junto con la facilidad y colorido del verso y la brillantez de las imágenes, destacan el poder descriptivo y de evocación y los bellos pasajes líricos que evidencian la delicada sensibilidad del poeta.

En su artículo "Zorrilla en sus leyendas fantásticas a lo divino"[6], Russell P. Sebold escribe que

> sin el minucioso y documentado examen científico al que la Ilustración sometió las supersticiones populares en todos los países europeos, nunca se habría llegado a distinguir entre el terror auténtico y ese otro te-

> rror puramente literario que buscamos con el fin de anegarnos en el goce estético de los temblores. [205]

y añade que las narraciones de género sobrenatural del siglo XIX y del XX son producto de aquélla. En cambio, las de Zorrilla representan una actitud pre-ilustrada, casi medieval, frente al descreimiento y agnosticismo propios de las obras modernas de carácter fantástico, pues el poeta se consideraba guardián de las tradiciones patrias y transmisor de la voz del pueblo. Zorrilla no pensaba que el relato fantástico a la manera de Hoffmann cultivado por sus contemporáneos fuera apropiado para el espíritu de nuestra literatura y así lo expresó en más de una ocasión ("La pasionaria", "Una repetición de Losada"). Y al preguntarle su mujer a que género pertenecía "Margarita la tornera", respondió que

> es una fantasía religiosa, es una tradición popular, y este genero fantástico no lo repugna nuestro país, que ha sido siempre religioso hasta el fanatismo. (Introducción a "La pasionaria")

"El diablo y los muertos son los personajes con quienes más habitualmente trata mi musa", escribió en sus *Recuerdos del tiempo viejo* (*OC*, II, 1858), y en sus leyendas se sirvió de lo "maravilloso sobrenatural" aunque en ocasiones diese una explicación lógica de hechos aparentemente inexplicables como en "La leyenda de Don Juan Tenorio". Cuenta milagros de carácter tradicional, popular y simplista a un público que los recibe con agrado pues comparte con él una misma formación cultural y religiosa, y un mismo gusto por este género de relatos. Se dan en ellos la intervención directa de Jesucristo o de la Virgen, la metamorfosis como castigo, la resurrección, la visión de su propio entierro, o la vuelta a la vida como instrumento del castigo divino.

Y cuando una transgresión altera el orden del universo narrativo la religión tiene el papel de *deus ex machina* por medio de milagros y prodigios para restablecer aquel orden. Los últimos versos, marcados o no "Conclusión", tienen a su cargo decirnos cual fue el destino ulterior de los personajes y dar la moraleja. Así, el amante de la infiel Rosa, a la que quema viva junto con el marido en la noche de bodas, muere de manera y en ocasión semejantes a manos del Diablo bajo la apariencia de otra mujer llamada también Rosa ("Las dos rosas"). Otros casos serían el de "Margarita la tornera", "El capitán Montoya" y otros varios.

En las narraciones legendarias de Zorrilla predomina el tema amoroso, íntimamente enlazado con el del honor. Quienes aman –y también quienes odian– lo hacen de manera irracional y obsesiva pues están solo atentos a la consecución de sus deseos sin reparar en los medios. El protagonista es, por lo general, un hidalgo valeroso y dispuesto a morir por su Dios, por su rey y por su dama, emparentado sin duda con los que aparecían en los libros y en la escena de la época áurea[7]. En más de una ocasión Zorrilla le llama "el español" pues, a su juicio, lo sería idealmente, y le hizo depositario de los valores y las virtudes propios de una España idealizada, aunque su entusiasmo le hace tomar en ocasiones los defectos por virtudes y llega a confundir los desmanes del pendenciero con el valor, las hazañas donjuanescas con la hombría, la ignorancia con la sobriedad y la xenofobia con el patriotismo. El paso de los años no le hizo olvidar dos personajes que estuvieron presentes en los triunfos y en las desazones de su quehacer literario: el rey Don Pedro y Don Juan Tenorio. Zorrilla simpatizaba tanto con el primero que le hizo protagonista de varias leyendas y de varios dramas, quiso reivindicar su memoria y, en ocasión del estreno de *El zapatero y el rey*, hizo insertar en el *Diario de Avisos* una nota advirtiendo que con aquel drama quería presentar a Don Pedro I de Castilla, "tal como fue en realidad". En sus obras hay varios protagonistas que prefiguran a Don Juan, otras en las que intentó competir con su famoso drama y, publicada póstumamente, dejó incompleta su folletinesca "Leyenda de Don Juan Tenorio".

Con la excepción del Cid, los personajes históricos de estas leyendas no tienen carácter épico y protagonizan o participan en sucesos históricos y legendarios de índole personal o anecdótica. Aparte de coloristas y espectaculares descripciones de fiestas, procesiones y torneos no hay aquí una pintura fiel de la sociedad ni de las costumbres de la España del tiempo. Sin embargo, basándose en su intuición y en sus lecturas y sin pretender llevar a cabo una recreación arqueológica, Zorrilla consigue evocar vívidamente en ellas el ambiente convencional de una época pretérita.

Como hijo de su tiempo, nunca puso en duda el papel que había correspondido a las mujeres dentro de una sociedad tan monolíticamente tradicionalista y patriarcal en el pasado como en sus propios

tiempos. Por ello siguió considerándolas en sus obras como el fin, premio y objeto deseado de unos varones que luchan por su posesión y disponen de su destino. El papel del hombre es activo, y, por lo general, pasivo el de la mujer que depende de él para su protección y defensa[8]. He agrupado a los personajes femeninos de estas leyendas en las categorías de 1) la madre y esposa ejemplar, cuya presencia es poco frecuente; 2) la doncella en apuros, inocente y pura, que aparece como un mito cosmogónico y fue el tipo simbólico más popular en la literatura medieval. Eran objeto de asechanzas y peligros pues unas veces eran víctimas de las maquinaciones de parientes o tutores, otras vivían esperando la vuelta de un amante que no llegaba, o eran fieles a un amor más fuerte que la muerte. Además, a partir de *La religieuse* de Diderot, se hicieron muy populares como tema de la novela gótica, el teatro y los romances de ciego las peripecias de la joven obligada a hacerse monja contra su voluntad. Estas obras denunciaban la presión de la sociedad sobre unas jóvenes sacrificadas a sórdidos intereses familiares o la condenable actitud de los confesores. El asunto preocupó a Zorrilla, y en sus leyendas "Margarita la tornera", "El desafío del diablo" y "El capitán Montoya", hay tres monjas que están en el claustro sin vocación; 3) la mujer fatal es un tipo de antigua raigambre tanto en la mitología como en la literatura y del que el romanticismo nos ofrece ejemplos tan diversos como la Colomba de Merimée, la Lucrecia Borgia de Hugo o la protagonista de "El cuento de un veterano" del Duque de Rivas. La mujer fatal, la "belle dame sans merci", la "mujer-demonio" tradicional, posee una belleza y unos atractivos sexuales que utiliza para atraer a unos hombres cuya destrucción busca. Es un caso de apariencias engañosas pues tan atractivo exterior encubre un ser cruel y sin escrúpulos, frío y calculador, que está por encima de las leyes de la sociedad[9]. Las de Zorrilla son tipos muy diversos que tienen en común el disimulo y el espíritu de cálculo y se imponen por su inteligencia. A mi juicio, la más perfilada y la más fascinante de todas ellas es Doña Beatriz, la protagonista de "La leyenda de Don Juan Tenorio", una obra tardía en la que van emparejados el misterio, la venganza y la intriga.

Para concluir, pienso que Zorrilla sigue siendo hoy el representante máximo de la leyenda y del cuento fantástico popular y del espíritu

tradicional español. Y aunque en estas leyendas muchos asuntos no son rigurosamente originales, Zorrilla supo darles un estilo inconfundible y un aspecto propio; y su dominio de las palabras, su capacidad de reflejar en sus versos armonías y colores y su delicado lirismo le confieren un puesto entre los altos poetas de nuestra literatura.

SALVADOR GARCÍA CASTAÑEDA
The Ohio State University

[1] Madrid, Cátedra. De posible aparición en 2000.

[2] *El drama del alma*, "Libro primero", p. 2000. De aquí en adelante cito por la edición de Narciso Alonso Cortés, *Obras Completas de Zorrilla*, Valladolid, Santarén, 1943, 2 tomos.

[3] Leonardo Romero Tobar, "Zorrilla: el imaginario de la tradición", *Actas del Con.greso sobre José Zorrilla. Una nueva lectura*, Valladolid, Fundación Jorge Guillén y Universidad de Valladolid, 1995, p. 167.

[4] Ricardo Navas Ruiz, *La poesía de José Zorrilla*, Madrid, Gredos, 1995. Del mismo autor véanse también, "José Zorrilla, precursor: vísion lírica de Castilla y España", *Castilla*, 16 (1991), 121-136, y "El primer Zorrilla", *Actas del Congreso sobre José Zorrilla*, cit., pp. 141-149.

[5] Aparte de las vicisitudes y aventuras de los enamorados protagonistas, señala Caro Baroja (*Ensayo sobre la literatura de cordel*, Madrid, Istmo, 1990) entre las características propias de la literatura de cordel la frecuencia de lances sangrientos, violaciones y deshonras, así como la de milagros, misterios y hechizos. Entre estos recursos advierto en las leyendas de Zorrilla la devoción mariana y milagros de la Virgen, el uso de fechas precisas para dar apariencias de realidad a los sucesos, el castigo de Dios en vida a los culpables de maldades o sacrilegios, el tema del incesto, el del adulterio seguido de su castigo, y la descripción de crueles venganzas.

[6] Russell P. Sebold, "Zorrilla en sus leyendas fantásticas a lo divino", *Actas del Congreso sobre José Zorrilla*, cit., pp. 203-218.

[7] Cf: Salvador García Castañeda, "De la noble matrona a la "mujer fatal": Los personajes femeninos en las leyendas de Zorrilla", *Ínsula*, 564 (Diciembre 1993), 16-17; "Hidalgos y galanes: los personajes masculinos en la obra legendaria de Zorrilla", *Lazarillo*, 5 (Enero-Junio 1994), 25-28; y "Amor, celos y venganza en las leyendas de Zorrilla", *Actas del Congreso sobre José Zorrilla*, cit., pp. 71-80.

[8] Cf. Marina Mayoral, "El concepto de la feminidad en Zorrilla", *ibídem*, pp. 125-140.

[9] Mario Praz, "La belle dame sans merci", *The Romantic Agony*, Oxford University Press, 1988, pp 197-300.